

## NOTAS SOBRE LINGÜÍSTICA HISTÓRICA (II)

José Andrés Alonso de la Fuente

Universidad Complutense de Madrid - UPV/EHU

### Abstract

*Campbell & Poser offer what is probably the most accurate and balanced discussion on the issue, i.e. genealogy in linguistics. Authors make use of the research done with well known language families, already with a contrasted tradition in the field of historical and comparative linguistics, e.g. Indo-European and Uralic, to show how historical linguists work and why this is a very serious, complex, and sometimes not well-considered specialization, where unfortunately there is too much free space for the unfounded elucubrations of dilatants and amateurs. It is very regrettable that authors did not actualize some of the topics to adapt them to current times (e.g. including new genealogical links likely to be proven in a near future) or to re-check some observations on the historiography of historical and comparative studies of some philologies to avoid obvious mistakes. All in all, this is a must reading for all those who, having already gained some insights into general matters, wish to go deeper in the field.*

**Lyle Campbell & William J. Poser (2008): *Language Classification. History and method*. Cambridge: Cambridge UPress. ix + 536 pp. ISBN 978-0-521-88005-3**

La importancia del libro que aquí se presenta es considerable, dada la actualidad del tema que sus autores tratan: la clasificación de las lenguas y los diferentes métodos empleados para este fin. Lyle Campbell y William Poser (abreviado LC&WP), dos renombrados especialistas en el ámbito amerindio con importantes contribuciones de carácter tanto filológico como metodológico, ofrecen al lector un texto compacto y monográfico sobre cómo interpretar la naturaleza de los vínculos genéticos y/o genealógicos (Haspelmath 2004: 222 n 1) que unen a todas las lenguas del mundo, incluidas las lenguas aisladas como p.ej. el vasco, japonés, zuñi, nivkh o ainu, que más que una excepción, son un capricho de la (pre)historia. Como bien explican LC&WP ya en las primeras páginas, en la actualidad pueden observarse dos posturas bien diferentes: lingüistas que consideran que no es posible o realista proponer lazos genealógicos entre lenguas más allá de las familias establecidas, p.ej. la indoeuropea, urálica o semítica, y aquellos que, por otro lado, ven legitimidad en la “reconstrucción sobre reconstrucción” y consideran viable la vinculación de aquellas, p.ej. el nostrático, dene-caucásico o amerindio. Los primeros creen que no hay evidencia material posible una vez superado cierto límite cronológico y que todo lo que sigue después no es más que mera especulación. Los segundos simplemente extienden la validez de esas reglas incluso más allá de ese supuesto límite cronológico.

Mientras que la difusión de ideas concernientes al primer grupo tiene lugar en los círculos académicos correspondientes, la de aquellas que pertenecen al segundo disfruta del beneplácito de la atención mediática, sin duda desmedida y justamente criticada por algunos miembros del primer grupo. Este hecho, en cualquier caso, es anecdótico y de sobra son conocidas las prioridades que tienen los medios en general, incluso cuando se trata de noticias pertenecientes al ámbito científico.<sup>1</sup>

*Grosso modo*, el contenido del libro puede resumirse como sigue a continuación: LC&WP demuestran claramente que la única herramienta fehaciente en la búsqueda y confirmación de genealogías lingüísticas es el método comparativo clásico, descrito, consciente o inconscientemente, hace aprox. dos siglos y medio. Dicha metodología está basada en la comparación sistemática de vocabulario básico, descripción de correspondencias fonéticas y la adecuación y explicación de las gramáticas involucradas. La identificación de irregularidades (o aberraciones) compartidas (cfr. la conjugación del verbo ‘ser’ en las diferentes lenguas indoeuropeas, o la expresión formal de los grados del adjetivo en las lenguas germánicas), así como tendencias tipológicas extremadamente particulares son puntos a favor en el descubrimiento de genealogías desconocidas. Así se ha configurado la prehistoria e historia de familias lingüísticas como la indoeuropea, urálica o semítica. Otros métodos, como la comparación multilateral o masiva, a cargo de Joseph Greenberg y basada en la mera observación de similitudes formales y semánticas entre centenares de lenguas, resultan inadecuados porque se ignoran las correspondencias fonéticas y la gramática, así como la existencia de préstamos en el apartado léxico. Ni siquiera su formulación teórico-empírica cumple los mínimos requisitos para poder ser aceptada: Greenberg consideraba que su comparación multilateral es un método innovador y en competencia directa con el método comparativo clásico. Sin embargo, dicho método no es más que una burda consideración superficial de la primera parte del método comparativo clásico, i.e. la acumulación de material comparativo bruto que, como si de un diamante se tratara, debe ser pulido en subsiguientes fases de análisis (véase Greenberg 2005: 1-189). Sin embargo, según Greenberg dichas fases siguientes no son necesarias. El riesgo y las consecuencias de semejante conducta son algo más que obvios, y los autores de este libro no ahorran esfuerzos en mostrar al lector lo inadecuado del método greenbergiano (*i.a.* pp. 76-7, 173-4, 182-4; habría sido mucho más pedagógico dedicar un capítulo completo a Greenberg, en vez de diseminar la crítica a lo largo y ancho del texto). Asimismo, hipótesis referidas a la misma evolución y distribución (tipológica) de las lenguas a cargo, p.ej., de Robert Dixon, Johanna Nichols, Peter Trudgill, etc., son igualmente contestadas y en todos los casos rechazadas al ser especialmente generalistas o simplemente endebles en el aparato teórico de su formulación, habiendo sido en algunos casos fruto de interpretaciones localistas: p.ej. Dixon aplica el concepto de equilibrios interrumpidos (o puntuados o punteados, aquí la traducción al castellano es de lo más variada, aunque los especialistas prefieren “interrumpidos”) a partir de datos australianos, mientras que Trudgill usa en exclusiva lenguas amerin-

---

<sup>1</sup> Bernárdez (2008: 163-93). El tratamiento que a menudo se dispensa incluso en medios especializados a veces no es mucho mejor, tal y como demuestra Pinker en un par de ocasiones (1994: 297-9, 334-49; el tipo de noticias que Pinker recoge en pp. 262-3 no suelen afectar al mundo de la lingüística histórico-comparativa).

dias. En lo que respecta a propuestas genealógicas de larga distancia como, p.ej. el nostrático, dene-caucásico, na-dene o amerindio, todas son rechazadas al no respetarse la aplicación del método comparativo clásico.

El libro se abre con las habituales listas de abreviaturas, tablas y cuadros (p. vi), los agradecimientos (pp. vii-viii) y un brevísimo prefacio (p. ix), donde en principio podría interpretarse que la participación de Poser ha sido más bien parca, al quedar limitada al capítulo 5 y partes de los capítulos 3 y 4, en una obra, recordemos, compuesta de 13 capítulos. Una estimación porcentual (menos de 40 páginas de un total de 536) coloca a Poser con un 7,46% de participación. Dado que resultaría algo sospechoso que ésa fuera la colaboración real, debe suponerse que Poser ha tomado parte activamente en la redacción y discusión de la versión final de cada capítulo, pese a que nada se dice en el prólogo. De hecho, muchos de los capítulos están basados en materiales ya publicados por Campbell. En ocasiones se han conservado prácticamente íntegros, aunque hayan sido publicados hace ya algunos años, con la consiguiente desactualización que ello conlleva. Algunos capítulos incorporan una nota a pie de página donde se informa al lector que éste ha sido redactado a partir de algún artículo anterior, pero en otros no, pese a que estos también hayan sido ya publicados de forma independiente. Así, el capítulo 3 ya fue remitido como trabajo al homenaje de Larry Trask (Campbell 2006). Sea como fuere, el contenido del texto se divide, como he dicho, en trece capítulos: "Introduction: how are languages shown to be related to one another" (pp. 1-12), "The beginning of comparative linguistics" (pp. 13-31), "“Asiatic Jones, Oriental Jones”: Sir William Jones’ role in the raise of comparative linguistics" (pp. 32-47), "Consolidation of comparative linguistics" (pp. 48-73), "How some languages were shown to belong to Indo-European" (pp. 74-86), "Comparative linguistics of other language families and regions" (pp. 87-161), "How to show languages are related: the methods" (pp. 162-223), "The philosophical-psychological-typological-evolutionary approach to language relationships" (pp. 224-33), "Assessment of proposed distant genetic relationships" (pp. 234-96), "Beyond the comparative method?" (pp. 297-329), "Why and how do languages diversify and spread?" (pp. 330-63), "What can we learn about the earliest human language by comparing languages known today?" (pp. 364-93) y "Conclusions: anticipating the future" (pp. 394-403). A los capítulos sigue un apéndice con una selección amplia de relaciones genealógicas hipotéticas, propuestas principalmente durante el último siglo, cada una acompañada de bibliografía elemental (pp. 404-15). Cierran el volumen la bibliografía general (pp. 416-507) y un índice general de términos, nombres, lenguas, etc. (pp. 508-536).

Tal y como se desprende de los títulos de cada capítulo, el libro combina dos tipos de discusión de diferente índole. Uno es etiológico, reducido prácticamente a la exposición historiográfica: LC&WP hacen un extenso recorrido cronológico que abarca casi diez siglos para ofrecer una visión en general equilibrada de las diferentes perspectivas y propuestas con las que se ha trabajado en esta disciplina mucho antes incluso de que la disciplina como tal existiera. Puesto que los autores abarcan la historiografía particular de especialidades localizadas en los cinco continentes, esta parte del libro resulta de especial utilidad, ya que las antologías habituales (véanse a modo ilustrativo las editadas por Eric Hamp, Anna Morpurgo Davis o Winfred Lehmann) no suelen abordar otro campo que no sea el indoeuropeo, con la excepción

de breves, en ocasiones simplemente testimoniales, menciones a lo realizado en otras especialidades, casi siempre la urálica o semítica. El otro tipo de discusión es de naturaleza crítica: una vez se han presentado las bases del método comparativo (este capítulo, el séptimo para ser más concretos, podría calificarse de “transitorio” entre uno y otro tipo de discusión) se analiza casi todo lo que se ha propuesto en la disciplina, desde hipótesis de relaciones genealógicas hasta propuestas que conciernen al modo en el que las lenguas evolucionan y se distribuyen a lo largo del mundo. La crítica, en cualquier caso, es unidireccional y en ningún caso constructiva. En ocasiones sólo se oye la voz de LC&WP, no habiendo lugar para los argumentos, en más de un caso interesantes y merecedores de atención, que algunos de sus oponentes esgrimen en las publicaciones correspondientes. Un texto introductorio no puede permitirse el lujo de adoptar una postura semejante, porque es precisamente esta actitud la que ha provocado que en muchos casos las hipótesis de larga distancia sean rechazadas por personas que ni siquiera han consultado las obras originales donde se exponen las bases de dichas hipótesis, sino que simplemente se arropan en las opiniones de otros autores que en principio disfrutaban de una posición académicamente más dominante. La parte más irónica de esta observación es que Campbell y Poser insistirían con seguridad en la invalidez de este tipo de “aproximaciones científicas” basadas en *verba magistri* y supuestos casos de *opinio communis*.

LC&WP han dejado de lado, sin duda involuntariamente, la pregunta más importante que debe formularse antes, incluso, de explicar, no ya la validez de hipótesis como la nostrática, sino incluso la metodología a seguir en lingüística histórica y comparativa: ¿por qué deben clasificarse las lenguas? ¿qué objetivos busca el historiador de la lengua cuando se embarca en labores comparativistas? LC&WP se aproximan a la cuestión levemente en p. 326, cuando comentan que “[t]he goal of the historical linguist is to answer the question, what happened? [...]”. Sin embargo, esa respuesta es excesivamente breve, casi insulsa. Wenck afirma que “[r]econstruction has to answer questions that arise from the description and explanation of the oldest attested stage of a language and from the tracing of the internal forces within its historical changes whenever such questions cannot be sufficiently answered on the basis of the attested linguistic data” (1987: 144-5). Georg, por su parte, contesta de la siguiente manera: “[...] why we should try to do historical-comparative linguistics in the first place, why we should try to identify language families and *reconstruct* their proto-languages. I am not one of those politicians who keep asking scholars in the humanities what their work contributes to the gross income of the nation, or to national health, or whatever, but *within* the framework of the language sciences this is of course a legitimate question, and it is quite easily answered by traditional disciplines like Indo-European, Uralic, or, say, Austronesian linguistics. The recognition, and the comparative reconstruction of Proto-Indo-European, to take an example, is able to furnish nothing less than *explanations* of concrete, attested (not reconstructed) data which we find in the single languages. Of facts which are *in need of a scientific explanation*, since they often consist of irregularities, not explicable on the basis of the attested languages alone. It tells us nothing less that why on earth Greek, Sanskrit, or Tocharian look they (sic!) way they do” (2003: 440, énfasis de Georg). LC&WP habrían podido desarrollar toda una línea argumentativa exponiendo la incorrección metodológica de base que algunos partidarios de las hipótesis genea-

lógicas de larga distancia cometen una y otra vez. Por el contrario, LC&WP saltan directamente al análisis del material analizado, un análisis que de entrada resulta secundario, porque científicamente no está motivado y estrictamente hablando desde un punto de vista teórico, ni siquiera podría considerarse lingüística histórica-comparativa. A este respecto, Georg añade que la investigación desarrollada por aquellos partidarios “[...] does not search for *explanations* of problematic facts in the first place [...]”. Nostratic and the Nostratic-based theory of Altaic does something entirely different. In fact, it does exactly the opposite: while a healthy science sees itself confronted with such facts, this theory *constructs* them” (2003: 446). Por supuesto, un mínimo de sensibilidad y curiosidad científicas debería bastar para formular la siguiente propuesta: “Pues entonces intentemos solucionar las irregularidades de las protolenguas”. Esta frase, sin embargo, contiene un elemento que a muchos, incluidos especialistas en reconstrucción, pone los pelos de punta: considerar que las protolenguas son en realidad lenguas “reales, vivas”, y no constructos que el especialista postula para explicar una irregularidad detectada en la fonología o la gramática de una lengua histórica. En mi humilde opinión, sin embargo, el hecho de que la irregularidad exista más allá de la entidad histórica de una lengua, i.e. esté compartida por varias lenguas, es suficientemente interesante como para arriesgar un poco, intentar dar un paso más allá y explicarla desde una perspectiva puramente prehistórica. Si el objetivo es resolver esa irregularidad, entonces la reconstrucción, digamos, nostrática (o cualquier otra) es totalmente legítima, sin que esto sea ni mucho menos una apología de la reconstrucción *ad infinitum* que en su momento denunciaran eminencias como Jerzy Kuryłowicz (Boryś 1995, esp. 105): la reconstrucción acaba cuando la irregularidad se resuelve. Punto. “La única posibilidad de descubrir los límites de lo posible es aventurarse un tanto en el terreno de lo imposible”, dijo en una ocasión Arthur C. Clarke<sup>2</sup> y, a estas alturas, pocos dudarán que lo nostrático está muy cerca de la definición de “imposible”.

El hecho de que LC&WP hayan decidido obviar esta cuestión tiene consecuencias muy graves. Una de ellas tiene que ver con el lógico conocimiento filológico que debe poseerse de las lenguas involucradas en la comparación, i.e. para poder descubrir, analizar, y eventualmente solucionar, las irregularidades que se describen en las gramáticas de aquellas lenguas primero es necesario conocerlas y estar familiarizado con su fenomenología. Ni LC ni WP son especialistas en sánscrito (así lo reconocen, p. 380 n. 18), por eso han decidido adoptar una postura minoritaria al citar formas de esa lengua en pp. 384-5, donde no marcan el acento, práctica ahora casi ya habitual, sino obligatoria, p.ej. sánscrito *svásar-* ‘hermana’ por *svasar*, *bhávati* ‘él es’ en vez de *bhavati*, *vayám* ‘nosotros’ en vez de *vayam*, *śṅga-* ‘cuerno’ en vez de *śṅga-* o *jihvá-* (masculino) o *jihvā-* (femenino),<sup>3</sup> incluso *juhú-* (femenino) pero no

<sup>2</sup> Algún desalmado interpretará esta frase en el contexto literario de ciencia-ficción al que Clarke contribuyó tan determinadamente; yo, sin embargo, prefiero verla como la motivación que empujó a Clarke a descubrir las telecomunicaciones vía satélite, uno de los avances más sobresalientes en la historia de la humanidad

<sup>3</sup> La reconstrucción del término protoindoeuropeo es muy complicada debido seguramente a cuestiones tabúísticas. En cualquier caso, y en contra de lo que afirman LC&WP, es posible defender que las palabras sánscrita e inglesa derivan de formas muy diferentes: *jihvā-* < \*/d<sup>h</sup>ǵ<sup>h</sup>wéh<sub>2</sub>/ (femenino ya en protoindoeuropeo), cf. cognado exacto en latín arcaico *dingua* > *lingua* > español *lengua*, mientras que in-

*jihva*; etc. Aunque esto es *peccata minuta*, muchas veces son estos detalles nimios los que permiten a determinadas personas iniciar críticas exhacerbadas a practicantes de la *res Nostraticae*. La lingüística histórica empieza no en el eje diacrónico, sino en el sincrónico. Leonard Bloomfield dijo en una ocasión que para comparar dos lenguas es necesario o recomendable conocer al menos una. En este sentido, también resulta sorprendente que no se mencione, por ejemplo, ni una sola vez el texto canónico de Malkiel (1993) sobre etimología. En mi humilde opinión, el pasaje localizado en las pp. 151-65 debería ser lectura obligatoria para todos los lingüistas, interesados o no en el ámbito histórico-comparativo. La etimología no sólo sirve en el caso de lenguas bien documentadas históricamente, sino también cuando la documentación es casi inexistente. Al fin y al cabo, es este arte de la etimología el que permite discernir qué, cómo, cuándo, dónde y por qué las palabras son como son. Por supuesto, LC&WP podrían objetar que la explicación de qué es la etimología incumbe a manuales de lingüística histórica donde se enseña al alumno cómo aplicar las reglas del método comparativo. En efecto, estarían en lo cierto. Sin embargo, lo que yo pretendo subrayar es que en el texto de LC&WP ni siquiera se menciona en una ocasión este “detalle”. Señores, ni tan blanco ni tan negro. Todo esto conduce a que a lo largo del texto el lector neófito puede tener la sensación de que cualquier persona está en posición de criticar y desmontar todo lo que se diga en lingüística histórica y comparativa. Algunos pasajes del libro no ayudan en absoluto a demostrar que semejante consideración es totalmente falsa. Por ejemplo, LC&WP afirman que aunque es imposible conocer todas las lenguas que están involucradas en la hipótesis nostrática (p. 245), sí es viable valorar la metodología aplicada y emitir un juicio a partir de ésta. Sin embargo, estoy seguro de que, tras sopesarlo unos minutos, LC&WP estarían de acuerdo en que tampoco esto es muy realista, mucho menos recomendable. En primer lugar, el análisis que se ofrece, por ejemplo, de la hipótesis nostrática se hace a partir del material urálico, en el que LC puede considerarse un especialista. A partir de lo que LC observa en urálico, y parcialmente en indoeuropeo (un área con el que cualquier especialista, sea cual sea su campo, está más o menos familiarizado), generaliza y hace extensivas sus observaciones sobre la inadecuación del método seguido (¡y a veces de los materiales empleados!). Angela Marcantonio, filóloga húngara de formación y especialista de lingüística histórica, ha malinterpretado totalmente las bases historiográficas de la lingüística indoeuropea y urálica hasta el punto de afirmar que ambas entidades (pre)históricas son falsas. Si alguien con formación en las lenguas analizadas es capaz de cometer semejantes errores, ¿qué puede esperarse de alguien que afirma no conocer las lenguas involucradas? ¿Acaso un físico especializado en mecánica de fluidos puede analizar, criticar y emitir juicios concluyentes sobre hipótesis relativas a la cromodinámica cuántica simplemente porque puede analizar la metodología seguida, con independencia de que sea totalmente ignorante en la materia? Los autores harían bien en subrayar que la comparación lingüística exige el conocimiento fehaciente de las

---

glés *tongue* deriva en última instancia de \*/dŋg<sup>h</sup>uh<sub>2</sub>/ > protogermánico \*/tungōn-/ , después de ser remodelado como un tema en nasal. LC&WP estarán de acuerdo en que simplificar los hechos y descuidar los detalles de la reconstrucción (se adopte la postura que se adopte, «dŋghū» no es correcto) no benefician en absoluto la labor pedagógica y ejemplificadora que ellos mismos buscan con este libro.

lenguas involucradas y que su crítica se beneficiaría igualmente si la hicieran especialistas.

Las dos observaciones realizadas en los párrafos anteriores no son en absoluto gratuitas. Todavía hoy es posible encontrar afirmaciones totalmente erróneas sobre qué es el método comparativo, cómo funciona y cuál es su objetivo. Dichas afirmaciones a menudo provienen de los flancos menos esperados. Así, un renombradísimo indoeuropeísta como James Clackson ha sido objeto de crítica por alguna de sus afirmaciones sobre el método comparativo. Por ejemplo, De Vaan (2008: 1230-31) apunta y discute la idea de Clackson sobre la no necesidad de que las correspondencias fonéticas sean regulares. Lejos de tratarse de un caso puntual en el currículo de Clackson, es posible añadir otras perlas, p.ej. en un trabajo reciente de magnífica factura general, en el que Clackson comenta que “[t]he C[omparative]M[ethod] operates through identification of sets of correspondences in languages which *are known to be related*, [...]” (Clackson y Horrocks 2007: 5, el énfasis es mío). Si esta frase, que pertenece a un capítulo redactado por Clackson tal y como se aclara en el prólogo (p. vii), refleja una verdad absoluta, entonces su lógica se me escapa por completo, porque según se defiende, dos lenguas cualquiera se declaran “genealógicamente relacionadas” después de aplicar el método comparativo, pero antes de aplicar el método es imposible saber si en efecto dos lenguas están o no relacionadas genealógicamente. Lo peor del asunto es que ambas observaciones están relacionadas con cuestiones elementales del método comparativo, y no aspectos del mismo más o menos polémicos o discutibles. Esta soberbia indoeuropea en cualquier caso no es nueva ni sorprendente. Los indoeuropeístas asumen con cierto orgullo que Jones es el padre del comparativismo actual, pero tal y como demuestran contundentemente LC&WP, nada más lejos de la realidad. De hecho, en términos actuales, Jones no sería más respetado que cualquier otro partidario de hipótesis como la nostrática. Además, a la falsedad del análisis lingüístico “propuesto” por Jones podrían añadirse otras consideraciones de índole etnológico y antropológico. Así, Lincoln (2002) estudia las directrices que Jones utiliza para establecer su clasificación de los diferentes grupos humanos. De acuerdo con el análisis de Lincoln, Jones margina a los judíos y favorece claramente a las civilizaciones orientales, motivos que debería bastar para abandonar la opinión “grandiosista” general que se mantiene sobre este orientalista. A propósito de historiografía, la cuestión sobre quién es en realidad el padre de la lingüística histórica tal y como hoy se entiende es más que complicada. En cualquier caso, lo que sí es obvio es que Robert Caldwell, fundador de la lingüística comparativa drávida, debería ser un firme candidato. Su papel en la historia de la disciplina ha sido claramente infravalorado y la exposición de LC&WP no va a mejorar este estado de las cosas. Caldwell no sólo estableció la base comparativa drávida, todavía válida casi en su totalidad (cuestión muy diferente es la magnitud de las ampliaciones posteriores gracias al avance de la disciplina, vid. Alonso de la Fuente 2005), sino que además fue capaz de distinguir tácitamente lo genealógico (elemento drávida puro) de lo areal. En lo que concierne a esto último, Caldwell no sólo demostró más allá de toda duda razonable que las lenguas drávidas nada tienen que ver con las indoiránias (la postura reinante hasta la llegada del trabajo de Caldwell mantenía que las lenguas drávidas son dialectos sánscritos), sino que, además, en su estudio euroasiático-nostrático, mantiene una postura abierta pero claramente conservadora, al considerar

que muchas de las comparaciones y similitudes por él mismo señaladas son seguramente fruto del contacto poblacional intenso mantenido en épocas prehistóricas. Además, el uso que hizo de los muy diversos materiales por él empleados es en general ejemplar (Alonso de la Fuente 2006a, 2006b), infinitamente superior a la destreza demostrada por la inmensa mayoría de practicantes actuales de la lingüística histórica de larga distancia. Caldwell es por derecho propio el primer nostratista “informado” (Alonso de la Fuente en preparación a). Los nostratistas harían bien en prestar más atención al trabajo de Caldwell para evitar repeticiones y por ejemplo dejar de citar a Pedersen como el “fundador honorario” de la lingüística nostrática. Tal y como dice Itkonen, “[a]s is so often the case, the illusion of scientific progress is based on the ignorance of what has been achieved in the past” (1999: 85).<sup>4</sup>

Aprovechando el hilo discursivo en torno a cuestiones historiográficas, debe apuntarse que la exposición de LC&WP no es siempre del todo acertada. En varios casos LC&WP han omitido fragmentos que ponen en entredicho la validez del trabajo de un investigador que en su opinión ha realizado un trabajo metodológicamente correcto. En este sentido, János Sajnovics, aquel jesuita matemático húngaro que demostrara la relación genética entre las lenguas húngaras y laponas (pp. 93-94), consideró que en última instancia el húngaro hundía sus raíces en los dialectos chinos, es decir, cometió el mismo error que Jones al no poner límite a la extensión y alcance de sus “comparaciones” iniciales (Marcantonio 2004: 158-62). Si bien es cierto que Sajnovics fue un lingüista mucho más comedido que Jones, el error es igualmente flagrante. Con independencia del análisis del trabajo de Sajnovics ofrecido recientemente por Marcantonio (2004) —en mi opinión desmesuradamente injusto, aunque nada sorprendente en método y objetivos, cfr. Marcantonio (2005) y comentarios en Alonso de la Fuente (2007: 405-406)—,<sup>5</sup> la ausencia de esta información en un libro como el reseñado es francamente desafortunada, y como consecuencia directa, cierta sensación de desconfianza se hace extensiva, por inercia, al resto de análisis. Por otro lado, el papel central de Philip Johan von Strahlenberg (pp. 92, 237) en la descripción y clasificación de las lenguas de Eurasia nororiental a inicios del s. XVIII podría haber sido descrito con más exactitud acudiendo a descripciones historiográficas más detalladas como la ofrecida por Manaster Ramer y Sidwell (1997). Igualmente, los autores parecen considerar infalible el trabajo de Donald Ringe en la referente a materias numéricas, pese al serio y bien conocido análisis

<sup>4</sup> La utilidad del artículo de Itkonen va más allá de esta mera cita. De hecho, la discusión planteada por LC&WP sobre la validez o necesaria existencia del árbol genealógico en lingüística histórica (pp. 326-9) habría sido enriquecida notablemente de haber utilizado parte de la argumentación esgrimida por el especialista finés.

<sup>5</sup> Vladár (2008) alcanza las mismas conclusiones que Marcantonio, a quien no cita, en lo que respecta a los errores cometidos por Sajnovics y Gyarmathi, y coincide con Campbell y Poser en que estos no son los padres de la filología fino-ugria / urálica (ese honor debería recaer en especialistas posteriores como E. N. Setälä o H. Paasonen). Sin embargo, Vladár se muestra mucho más comedida, realista y comprensiva en cuanto a la valoración general del trabajo de estos dos pioneros, subrayando sobre todo lo innovativo de su naturaleza: síntesis (agruparon una cantidad admirable de conocimientos hasta la fecha dispersos), declaración de principios (cambio fonético regular, vocabulario elemental, etc.) y deducción lógica y aplicación del sentido común, Sajnovics a través del método filológico, Gyarmathi con la reconstrucción y el postulado de fases transitorias en las que tienen lugar los cambios lingüísticos.

crítico (constructivo) de Manaster Ramer y Hitchcock (1996), más acentuado si cabe en Baxter y Manaster Ramer (2000; LC&WP citan esta referencia, pero hacen uso de ella en un contexto bien diferente, p. 380 n 17), que si bien no afecta a la discusión en la que se utilizan los métodos y resultados de Ringe (la falacia matemática de Greenberg sigue siendo falacia con o sin Ringe), no estaría de más que el lector conociese de su existencia.

En materia pedagógica, LC&WP no han explotado todas las posibilidades que ofrece un libro como éste. Aunque Campbell cita su magnífico artículo sobre la hipótesis quechumara (1995, véase un resumen en Campbell 1997: 273-83), donde aplica el método comparativo a una hipótesis controvertida, no menciona que allí inevitablemente debe cometer algunos de los errores considerados exacrables por él mismo y William Poser en la búsqueda de filiaciones genealógicas. Por ejemplo, en aquel artículo Campbell utiliza letras mayúsculas para indicar que no es posible especificar la naturaleza articulatoria de un fonema más allá de su punto de articulación, e.g. T se utiliza para cualquier fonema dental, sea oclusivo, fricativo, africado, sordo, sonoro, aspirado o palatalizado, etc. (1995: 190); emite hipótesis especulativas, pero en el fondo “plausibles” (1995: 188), o emplea la evidencia de los pronombres reconociendo la naturaleza diagnóstica de su similitud en el caso de lenguas relacionadas genéticamente (1995: 184), pese a que incluso en el caso quechumara eso implica romper la regla de no comparar segmentos fonéticamente breves, especialmente cuando contienen fonemas nasales y son pronombres! (LC&WP discuten este punto extensamente en pp. 212-22). Ahora bien, Campbell reconoce estos problemas (1995: 195), luego dicho artículo no puede ser tildado de “hipócrita”. Además, no todos los problemas ni irregularidades son iguales: en el caso de los pronombres, Campbell identifica una aberración compartida, y el uso de letras mayúsculas sólo tiene lugar en una ocasión. Dicho de otra manera: en el caso de la hipótesis quechumara hay un conjunto problemático de cuestiones relativamente pequeño en comparación con el conjunto positivo de evidencias. Así, LC&WP podrían haber utilizado precisamente esa endebleza parcial en el trabajo de Campbell para argumentar que si bien las hipótesis de largar distancia pueden presentar irregularidades, éstas deben ser excepcionales y no la norma, como viene siendo habitual. Por ejemplo, incluso después de establecer correspondencias fonéticas e incluso detectar anomalías que pueden explicarse en términos comunes de contextualización fonética, todavía es posible encontrar casos complicados que se resisten a recibir una explicación sistemática. En el ámbito de la filología eslava, por ejemplo, se consideran válidas hipótesis como la tememática, que busca explicar precisamente aquellos casos de irregularidad en ciertas correspondencias fonéticas (Holzer 1989, véase también Carlton 1991: 97). LC&WP utilizan la metáfora del crimen para explicar la búsqueda de soluciones etimológicas. Del mismo modo que nadie es culpable hasta que se demuestra lo contrario, digamos que ninguna palabra es un préstamo hasta que se demuestra lo contrario. El hecho de que una palabra sea considerada préstamo simplemente porque refleja una o dos irregularidades es una aplicación superficial del método comparativo. En el caso eslavo tememático, dichas irregularidades son el fruto de la interacción de diferentes niveles de sustrato. Del mismo modo, quizás en aquellos casos donde nostrático \*/p-/ se soluciona indistintamente como \*/p-/ o \*/b-/ en carvélco o indoeuropeo sea otro caso de “tememitis”. Por supuesto, no puede emplearse siempre la excusa del

sustrato para solucionar algo que bien podría ser sencillamente erróneo, accidental, etc. Con todo, sigue siendo preferible agotar todas las vías antes de afirmar concluyentemente que dos palabras no están relacionadas. Deben evitarse las generalizaciones; el método comparativo es elástico y la persona que lo aplica debe estar dispuesta a aceptar que cada una de las reglas de este método tiene excepciones que ocurren más frecuentemente de lo que LC&WP parecen pensar. Por ejemplo, existen multitud de casos en los que el mismo étimo puede ser el origen de diferentes palabras, algo que en principio va en contra de las normas del método comparativo (p. 210). No se me ocurre mejor ejemplo que el utilizado por Malkiel (1993: 8), i.e. latín *discus* 'disco', que llega al inglés, por diferentes medios, en cuatro formas distintas: *desk* (préstamo medieval italiano), *dish* (evolución de un préstamo latino desde el inglés antiguo), *disc - disk* (préstamos recientes del latín con ortografía dudosa alternante) y *discus* (cultismo). ¡El círculo no se cierra sin apuntar que la palabra latina es un préstamo griego! Este ejemplo sirve además para insistir en la necesidad de poseer una formación filológica sólida antes de aventurarse en las junglas de la etimología. Una vez más, insisto en que LC&WP con seguridad están al tanto de esto, pero no subrayan este tipo de consideraciones, generando la visión de que las hipótesis de larga distancia, al contrario que las genealogías ya establecidas, deben ser perfectas. La lingüística indoeuropea es lo que es gracias a 200 años de investigación ininterrumpida con centenares, miles de especialistas trabajando al mismo tiempo, colaborando en foros académicos y organizando tareas y objetivos. Sin embargo, de hipótesis como la nostrática sólo se esperan resultados concluyentes e inmediatos; no hay lugar para el análisis sosegado ni el error. No. Repito: Señores, ni tan blanco ni tan negro.

La bibliografía es el apartado más deficiente del libro con diferencia. Los autores no han debido disponer del tiempo suficiente para realizar la prescriptiva actualización<sup>6</sup> y las ausencias de análisis muy pertinentes como el de la hipótesis elamodrívica a cargo de Krishnamurti (2001: 258-9, 2003: 43-7) o el artículo revisionista sobre la hipótesis altaica de Vovin (2006), ambos considerados por muchos quasi-definitivos (con respecto a este último, véase no obstante la sosegada y extensísima respuesta de Dybo y Starostin 2008), son, como poco, remarcables. Desgraciada es también la ausencia de noticias sobre el que es, quizás, el descubrimiento genealógico más importante del último siglo, a saber, la relación entre las lenguas yeniséicas de Asia Central y las lenguas atabascanas extendidas a lo largo y ancho de la parte noroccidental de Norteamérica, a cargo de Edward Vajda y respaldado por especialistas de renombre, p.ej. Heinrich Werner, Bernard Comrie, Johanna Nichols, Michael Krauss o Jeff Leer, todos ellos poco amigos, en general, de las hipótesis de larga distancia.<sup>7</sup> Por

<sup>6</sup> Que algunos capítulos, incluidos los inéditos, han sido escritos hace bastante tiempo puede deducirse de la nota de agradecimientos en p. 381 n. 19, donde se nombra a Larry Trask, el gran lingüista y vascólogo que falleciera en el año 2004. Por lo tanto, es fácil estimar que entre la redacción de aquel capítulo y la publicación final del libro han pasado entre tres y cuatro años como mínimo, precisamente el límite cronológico (2003/2004) en el que, a excepción de unos cuantos títulos, parece haberse detenido la actualización bibliográfica.

<sup>7</sup> Debe apuntarse que el dene-yeniséico no ha sido el único descubrimiento genealógico ocurrido en fechas recientes. A la lista confeccionada por LC&WP de hipótesis que, aunque en principio recibidas fría y escépticamente, han resultado finalmente ser aceptadas y gozar en la actualidad de una buena base comparativa (pp. 401-2), podrían añadirse muchos otros casos. Los dos fascículos de la revista *Ocea-*

supuesto, aclárese que dicho descubrimiento ha tenido lugar oficialmente durante el año 2008 (el simposio monográfico sobre la cuestión tuvo lugar en el mes de febrero en la universidad de Alaska), por lo tanto queda fuera de los límites cronológicos de LC&WP. Mucho más accesible, la discusión en torno a las nuevas y extremadamente polémicas propuestas “generalizadoras” como las presentadas por Theo Vennemann (la Europa vasca) o Mario Alinei (el indoeuropeo paleolítico) no tienen cabida ni en el repertorio bibliográfico ni en el cuerpo del texto, pese a que podrían constituir un magnífico ejercicio pedagógico para comprobar cuáles son los límites del método comparativo (¡los partidarios de Alinei concretamente rechazan incluso parte de la formulación estructuralista!) y viabilidad/posibilidad de interactuar con datos lingüísticos y arqueológicos. Véanse, por lo tanto, dos aproximaciones críticas, pero abiertas, a estas dos propuestas en Adiego (2002) y Baldi y Page (2006), respectivamente, ambos con la bibliografía elemental necesaria para valorar los posicionamientos pertinentes a favor y en contra.

Sin ánimo de ser vidente, resulta más o menos obvio que muchos de los partidarios de propuestas genealógicas de larga distancia revisarán-atacarán el libro de LC&WP, por desgracia en los términos que tanto rechazo han generado en gran parte de la comunidad científica, i.e. el *establishment* que según estos oprime a las minorías, especialmente a aquellas que creen estar reivindicando la Verdad absoluta. Muchos han sido los autores que, aunque rechazando en último extremo la validez de una parte (¡pero nunca el total!) de la hipótesis nostrática, han aceptado la invitación a participar, han discutido activamente e incluso han aportado ideas originales; en suma, han intentado comprender al rival, y por lo tanto, tienen motivos más que de sobra para adoptar una postura que científicamente ha sido formulada. De entre los cuatro autores que Campbell cita en la p. 243 como ejemplo de especialistas que no aceptan la hipótesis nostrática, solamente Vine ha contribuido en cierto modo al debate nostrático mediante argumentos metodológicos y sobre todo filológicos (véanse sus artículos de 1998 y 2002, no citados por Campbell). Los otros tres (Trask, Ringe y el propio Campbell) sencillamente han argumentado en negativo, sin ningún ánimo de contribuir positivamente a la discusión y siempre adoptando posicionamientos metodologistas, nunca filológicos. Sólo la honestidad científica, i.e. reconocer los propios errores (esto incumbe a ambas partes), justificará en un futuro

---

*nic Linguistics* correspondientes al año 2007 contienen sendos artículos donde la adscripción genética de varias lenguas es propuesta en términos francamente convincentes. Blevins (2007) describe el protocolo siguiendo escrupulosamente el método comparativo y después lo compara con el protoaustronesio. El punto de partida de la autora son ciertas irregularidades compartidas (lo que Meillet dio en llamar «shared aberrancies» y Sapir «submerged features», véanse pp. 184-6) y lo que es más importante: propone soluciones, desde la perspectiva austronésica-onga, a problemas austronésicos y/o ongas. Por su parte, Ross y Næss (2007) reanalizan la «cuestión äiwoo», cuyo último postulado, a cargo de nada más y nada menos que Stephen Wurm, es que se trata de una lengua eminentemente papúesa (perteneciente o relativo por lo tanto al conglomerado, no genealógico, de Papua Niugini). Ross y Næss actualizan tanto los datos filológicos äiwoo y la formulación genética, y proponen que dicha lengua, y el grupo al que pertenece, i.e. el temotu, en realidad constituyen una rama independiente de la familia oceánica. La precaución con la que estos autores han actuado puede observarse en el título de sus contribuciones, ambos formulados de forma interrogativa. El lector neófito debería ser convencido de que éste es un campo muy activo donde todavía pueden hacerse contribuciones de calado muy hondo. LC&WP en cambio prefieren promover otro tipo de visión, pese a que el último capítulo sea en cierto sentido más positivista.

no muy próximo si en realidad la hipótesis nostrática no es nada más que un *wishful thinking*, o por el contrario, en ámbito de trabajo apasionante que ofrece un potencial de magnitudes sencillamente inabarcables. Incluso considerando que lo “nostrático” pueda ser en realidad un calificativo semi-areal y no totalmente genealógico,<sup>8</sup> todavía sigue mereciendo la pena investigar cada una de las propuestas realizadas hasta la fecha. Y por último, es esa misma sinceridad la que me lleva a considerar que el trabajo de LC&WP debería ser una lectura obligada, por ser excelente, entre los historiadores de la lengua y los comparativistas, desde aquellos que se dedican por ejemplo a las lenguas eslavas, cuya relación genealógica está fuera de toda duda, a aquellos que sencillamente sienten una curiosidad científica sana por el tema. Con independencia de las anotaciones hechas en párrafos precedentes, más negativas que positivas, más puntuales que generales, es imposible no estar de acuerdo con cada una de las líneas generales de exposición mantenidas por sus autores. Esperemos que la pronosticada discusión entre unos y otros tenga lugar en términos específicamente científicos y todos podamos beneficiarnos del intercambio mutuo de ideas.

## Bibliografía

- Adiego, I.-X., 2002, «¿Indoeuropeïtzació al Paleolític? Algunes reflexions sobre la “Teoria della continuità” de Mario Alinei», *Estudis Romànics* 24, 7-29.
- Alonso de la Fuente, J. A., 2005, «Estado actual de la lingüística histórica drávida, con especial atención a las relaciones genéticas externas». En M.<sup>a</sup> J. Fernández Colomer, M. Pérez Jiménez, E. Benito Ruiz, M.<sup>a</sup> E. Arguedas, S. Maruenda Bataller y J. Martí Contreras (eds.), *Actas del XIX Encuentro de la Asociación de Jóvenes Lingüistas, Valencia 10-12 de marzo de 2004*, vol. 1, pp. 115-24. Valencia: Universidad de Valencia.
- , 2006a, «Sobre la presencia de la lengua castellana en una obra cumbre del siglo XIX sobre indología», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 24, 25-36.
- , 2006b, «¿Vascuence en la India drávida?». En Lakarra y Hualde (eds.), 35-46.
- , 2007, «Revisión de M. M. Jocelyne Fernandez-Vest (ed.), *Les langues ouraliennes aujourd'hui. Approche linguistique et cognitive - The Uralic languages today. A linguistic and cognitive approach*», in «Noticias sobre Lingüística Histórica (I)». *ASJU* 41, 357-415.
- , en preparación a, *Robert Caldwell. The First Great Historical and Comparative Linguist*.
- , en preparación b, «The Nostratic hypothesis and lessons for distant genetic comparison».
- Baldi, Ph. y B. R. Page, 2006, «Review of P. N. Aziz Hanna (ed.), *Europa Vasconica-Europa Semitica*, Berlin 2003», *Lingua* 116, 2183-220.
- Baxter, W. y A. Manaster Ramer, 2000, «Beyond lumping and splitting: probabilistic issues in historical linguistics». En C. Renfrew, A. McMahon y L. Trask (eds.), *Time Depth in*

<sup>8</sup> Ésta es la postura que cada vez con más convencimiento mantiene el autor de estas líneas, que no oculta el interés por esta materia. Del mismo modo que el término «altaico» se aplica con más o menos éxito desde un punto de vista areal, i.e. según algunos investigadores (Juha Janhunen, Andrés Róna-Tas, etc.) las lenguas «altaicas» o «transeuroasiáticas» conforman un conjunto tipológico característico del continente euroasiático. Idéntica definición podría aplicarse al término «nostrático», tal y como se propone en otro trabajo (Alonso de la Fuente en preparación b), donde se pretende adoptar el mismo tono discursivo que en el artículo de Campbell (1995) mencionado anteriormente.

- Historical Linguistics*, vol. 1, pp. 167-88. Cambridge: The McDonald Institute for Archaeological Research.
- Bernárdez, E., 2008, *El lenguaje como cultura*. Madrid: Alianza.
- Blevins, J., 2007, «A long lost sister of Proto-Austronesian?». *OL* 46, 1, 154-98.
- Boryś, W., 1995, «Problems in reconstructing proto-languages». En W. Smoczyński (ed.), *Analecta Indoeuropaea Cracoviensia I. Safarewicz memoriae dicata*, 103-7. Kraków: Universitas.
- Campbell, L., 1995, «The Quechumaran hypothesis and lessons for distant genetic comparison», *Diachronica* 12, 2, 157-200.
- , 1997, *American Indian Languages. The Historical Linguistics of Native American*. Oxford: Oxford U. P.
- , 2006, «Why Sir Williams Jones got it all wrong, or Jones' in how to establish language families». En Lakarra y Hualde (eds.), 245-64.
- Carlton, T., 1991, *Introduction to the Phonological History of the Slavic Languages*. Columbus: Slavica Publishers.
- Clackson, J. y G. Horrocks, 2007, *The Blackwell History of the Latin Language*. Oxford: Blackwell.
- De Vaan, M., 2008, «Review of James Clackson, *Indo-European Linguistics. An Introduction*, Cambridge 2007», *Lingua* 118, 1228-32.
- Dybo, A. y G. Starostin, 2008, «In Defense of the Comparative Method, or The End of the Vovin Controversy», *Aspekty Komparativistiki* 3, 119-258.
- Georg, S., 2003, «Japanese, the Altaic Theory, and the Limits of Language Classification». En Arekisandaa Bobin [A. Vovin] y O. Toshiki (eds.), *Nippon go keitō ron no genzai / Perspectives on the Origins of the Japanese Language*, 429-48. Kyōto: Kokusai Nippon Bunka Kenkyū Sentā.
- Greenberg, J., 2005, *Genetic Linguistics. Essays on Theory and Method*, editado e introducido por W. Croft. Oxford: Oxford U. P.
- Haspelmath, M., 2004, «How hopeless is genealogical linguistics, and how advanced is areal linguistics? A review article of A. Y. Aikhenvald & R. M. W. Dixon (eds.), *Areal diffusion and genetic inheritance*, Oxford 2001». *Studies in Language* 28, 1, 209-23.
- Holzer, G., 1989, *Entlehnungen aus einer bisher unbekanntem indogermanischen Sprache im Urslavischen und Urbaltischen*. Vienna.
- Itkonen, E., 1999, «There is nothing wrong with the comparative method: part two». En A. Künnap (ed.), *Indo-European-Uralic-Siberian Linguistics and Cultural Contacts* (Fenno-Ugristica 22), 85-90. Tartu: University of Tartu.
- Krishnamurti, Bh., 2001, *Comparative Dravidian Linguistics. Current Perspectives*. Oxford: Oxford U. P.
- , 2003, *The Dravidian Languages*. Cambridge: Cambridge U. P.
- Lakarra, J. A. y J. I. Hualde (eds.), *Studies in Basque and Historical Linguistics in Memoriam of R. L. Trask* (= ASJU 40/1-2), Bilbao-San Sebastián.
- Lincoln, B., 2002, «Isaac Newton, and Oriental Jones on Myth, Ancient History, and the Relative Prestige of People», *History of Religions* 42, 2, 1-18.
- Manaster Ramer, A. y Ch. Hitchcock, 1996, «Glass Houses: Greenberg, Ringe, and the Mathematics of Comparative Linguistics», *AnL* 38, 4, 601-20.
- y P. Sidwell, 1997, «The truth about Strahlenberg's classification of the languages of Northeastern Eurasia», *Journal de la Société Finno-Ougrienne* 87, 139-60.

- Marcantonio, A., 2004, «The Role of János Sajnovics in Comparative Linguistics: A Critical Review». En P. Klesment (ed.), *Uralistika müüdid ja faktid / Myths and Facts in Uralistics* (Fenno-Ugristica 26), 151-69. Tartu: University of Tartu.
- , 2005, «Evidence: the missing concept in Comparative studies. A preliminary comparison of Uralic and Indo-European». En M. M. Jocelyne Fernandez-Vest (ed.), *Les langues ouraliennes aujourd'hui. Approche linguistique et cognitive / The Uralic languages today. A linguistic and cognitive approach*, 117-32. Paris: Libraire Honoré Champion.
- Pinker, S., 1994, *The Language Instinct*. London: Penguin.
- Ross, M. y A. Næss, 2007, «An Oceanic Origin for Äiwoo, the Language of the Reef Islands?», *OL* 46, 2, 456-98.
- Vine, B., 1998, «Indo-European and Nostratic: Some further comments (A Response to "Exploring the Nostratic Hypothesis")». En: J. C. Salmons y B. D. Joseph (eds.), *Nostratic. Sifting the Evidence*, 85-105. Amsterdam: John Benjamins.
- , 2002, «PIE *\*b<sup>h</sup>er-* and "Slavo-Nostratic" Lexical Archaisms». En F. Cavoto (ed.), *The Linguist's Linguist: A Collection of Papers in Honour to Alexis Manaster Ramer*, 447-54. Munich: Lincom Europe.
- Vladár, Z., 2008, «Sajnovics's *Demonstratio* and Gyarmathi's *Affinitas*: terminology and methodology», *Acta Linguistica Hungarica* 55, 1-2, 145-81.
- Vovin, A., 2005, «The End of the Altaic Controversy», *CAJ* 49, 1, 71-132.
- Wenck, G., 1987, «On the reconstruction of a proto-Japanese verb inflection system». En G. Wenck (ed.), *Pratum Japanisticum. Exemplifizierender Entwurf einer «Japanistik»*, 144-54. Wiesbaden: Harrassowitz.